

Título: A49

Autor: Lóegard

Siempre había visto aquella lengua de asfalto a través de ojos de mi coche. Lo compré una tarde de verano y quizás por eso al vehículo le fue fácil convencerme de que era el compañero ideal para mis mañanas de sol, prisas y cafés bien cargados.

Piel de plata, motor potente y robusto, cuatro altavoces con amplificador "Boost Duster", aire acondicionado y un motor de 120 CV que me permitiría encontrar aparcamiento al llegar a Plaza de Armas y tener en el otro asiento una plaza libre para el paraíso.

Sutilmente me fue seduciendo, imponiendo su voluntad, su ley, firme e inexorablemente. Durante años fuimos los reyes de la carretera de Huelva (la A49 para los mapas y GPS). Siempre miraba al frente, me burlaba de los autobuses a los que adelantaba sin miramientos, las rotondas eran incapaces de detenerme. Sevilla se mostraba a mis pies cada mañana, las estrellas no eran más que sirvientes destinados a iluminar mi camino. Tenía licencia para vivir al límite concedido por un Dios de metal y Diesel.

Un día vino a visitarme una amiga o al menos eso dijo ella, que era mi amiga, porque llegó y ya nunca más pude echarla, con ella llegaron tiempos de oscuridad, atascos interminables y mi coche me mostró su verdadera cara. Desataba su furia en los atascos encendiéndose como un infierno sobre ruedas, rascaba mis bolsillos buscando euros para alimentarse, su piel se volvió opaca y empezó a negarse a caminar si no era su voluntad.

Aquella amiga que todos llamaban Crisis, aunque ella prefería que la llamaran "Cris", me llevó un día a una parada de autobús, su marquesina verde y de cristales me resultaban indiferentes, prefería los cristales tintados. Ella insistió, hasta que cedí y subí al primer autobús que pasó.

Durante el viaje miré por la ventana y fui advirtiéndole la belleza de lugares por los que siempre había pasado como un rayo. Confieso que la temperatura era muy agradable y el conductor un tipo majo. Es más, tengo que reconocer que aquel día me sentí extraño al no tener que salir corriendo para no tener que pagar recargo en la zona azul. Todo era distinto a lo que conocía.

Una mañana de abril escribí una carta de despedida, mi coche dormía, no quise despertarlo, la dejé en su limpiaparabrisas y me fui a la parada para coger el autobús.

El asiento de al lado iba vacío casi siempre, a veces se sentaba una señora mayor. Hace poco se sentó una chica de ojos negros como olivas, alegre como una Almazara. Nos pusimos a hablar, llegamos a Plaza de Armas y quedamos para vernos al día siguiente si yo le ocupaba el sitio, un día apareció con una bici y me dijo:

—Te voy a enseñar una forma diferente de conocer el Aljarafe.

Y lo que me enseñó no fue sólo a pasear en bicicleta, me enseñó una forma diferente de moverme por la vida.

FIN